

SOCIEDAD Y NATURALEZA

Por el Prof. Rafael GARCÍA ROSQUELIAS,
De la Universidad de San Francisco Xavier
de Sucre, Bolivia.

I

EL ANIMAL HOMBRE

a) ¿QUIÉN ES?

Y... ¿quién es? Aristóteles fue aquel que, entre los primeros dignos de atención, lo dijo. Y sus palabras fueron éstas: —Es un animal político. Con lo que el Estagirita había apuntado a una sola de las dos antitéticas dimensiones del Hombre: su dimensión *social*. El Hombre, quiso decir, es un ser gregario y conducido irresistiblemente, por su instinto, a vivir en comunidad. Algunos siglos más tarde el Cristianismo, por boca de su fundador, nos ofrecía una respuesta inédita que habría de ser místicamente guardada y repetida por muchos millones de seres y a través de miles de años: El Hombre es un pecador redimido...

Evidentemente, es un pecador, un perenne violador de la ley *antigua*, pues que reside también en su instinto la inquietud de la renovación y el cambio, condiciones de todo desarrollo y de todo progreso. Animal *histórico*, diríamos aquí, su destino revolucionario en sus dichas dimensiones —personal y colectiva— hacen de él un rebelde contumaz y pertinaz, un ser ansioso siempre de nuevos horizontes. Por eso viola y tiene que violar la ley antigua. Pero el hombre “pecador”, el rebelde, *no* es todo el hombre. Si lo apasiona la idea del cambio, el vagar y el viajar, gusta no menos del reposo y, en él y por él, gusta no menos de la obediencia, la moderación y el acatamiento del orden establecido...; ama la ley antigua, y la defiende a menudo, aun al precio de su vida. No, el pecador redimido es apenas el hombre de los martes, los jueves y los sábados; pero el hombre de los miércoles, los viernes y domingos, es “el manso cordero de Dios”; el ingenuo,

dulce y suave muchacho que sabe cuán inmenso, maravilloso y perfecto, cuán poderoso y cuán infalible es su padre. Después de todo, si se anhela *cambiar*, no es por el puro cambiar en sí mismo. Todo viaje tiene su destino, y “el cordero de Dios” ama el reposo y la grata conformidad de su nuevo destino, en una casa nueva, a donde irá para comportarse con gustosas obediencia y puntualidad.

En el siglo XVII sonó otra voz: —Homo homini lupus! El hombre es lobo para el hombre. El zarpazo del hombre no tiene ley, ni aun en el seno de la propia familia biológica, salvo la ley del canibal. El hombre devora al hombre tan pronto como puede o necesita hacerlo... Y, bueno... este energúmeno es el Hombre?... Ya no existiría sobre la Tierra —nos diría Tomás Hobbes— si no fuera por el orden jurídico que impone la autoridad política...

Pero bien sabemos que no es cierto. El Hombre sabe del amor y el sacrificio. La fábula, la poesía, la historia están repletas de menciones y recuerdos, de glorificaciones de hombres y aun de ciudades y naciones enteras que se lanzan gozosas a la muerte, o sufren agravios, penas y torturas sin otro pensamiento que el bien de los otros, de los demás, pueblos hermanos o futuras generaciones. No es cierto que el Hombre, todo el Hombre, sea lobo... Pero sabe ser lobo, cuando está acorralado y hambriento. Más aún que lobo: sabe ser tigre.

Pero su “felinidad”, su elemental actitud de organismo inconsciente en trance de asalto y caza, apenas si es, lo mismo que las otras, sólo una faz del Hombre, un gesto entre muchos gestos emocionales.

Los intelectuales de Francia, poco después del hombre-lobo de Hobbes, hablaban con fruición del indio americano: —Honesto, limpio, sano, temperante, cordial, respetuoso y austero... El barón de Montesquieu comentó así la impresión que le llevaron viajeros en América. Y Rousseau, el padre espiritual de la Revolución Francesa, hacía suya la misma afirmación, aunque en tono más definitivo y definidor del Hombre: —El hombre es nuestro buen salvaje original que la civilización ha corrompido.

He ahí que el Humanismo, en actitud solidaria y tolerante, amistosa, opone al resentido Hobbes la que cree experiencia actual y vivida: —El Hombre es originalmente bueno. Démosle la oportunidad de continuar siéndolo y... no habrá problema.

Empero, siempre lo hay, porque... ni el hombre es lobo —todo el Hombre—, ni el hombre es cordero —todo el Hombre—. El hombre real se da siempre en las nupcias del ángel y el demonio. Partidario hijo de ambos, es,

lo mismo, tan capaz de los más horribles crímenes como de las más estupidas bazañas de virtud y sacrificio.

Y no mucho después, menos de un siglo, resonaba otra voz que hoy todavía repiten millones de ecos por calles, montes, y caminos de la Europa oriental y del Asia: —El Hombre es un bribón, es un explotador canalla a quien hay que privar del mando político tan pronto como se proponga enriquecerse con el trabajo ajeno. Este hombre bandolero es el *homo economicus* del marxismo. Hombre minúsculo y misérrimo, agota su humanidad en la insignificante tarea de desvalijar al proletario transeúnte para comer y vestir mejor un poco de tiempo. He ahí todo el Hombre del marxismo. El Derecho, la Moral, la Religión, las Ciencias y las Artes no son otra cosa que dispositivos que apresta el asaltante capitalista para asegurarse la eficacia de la trampa. El dinero edifica toda la verdad.

¡Colosal y desgraciada mentira!... Si hubiéramos de reducir al hombre a tan miserable condición, deberíamos comenzar por derribar todos los palacios del Espíritu. El Derecho cancerbero de la fortuna del rico es infame. La Moral, martingala mendaz para el botín del explotador, es execrable. La religión opio de los desgraciados es abominable. Y es que el bribón de Carlos Marx apenas si representa a su dueña de casa cobrando el alquiler, o al zapatero a quien no puede eventualmente pagar lo debido. No interesa que el proletariado substituya personas en el mando, pues éstas se convierten inmediatamente en miembros de la “nueva clase” de Dgilas.

Y he aquí que ahora nuestro ya bastante calumniado camarada de la vida se encuentra con un realmente inesperado apelativo: —El hombre es un parricida atormentado por su culpa; cohabitó en su madre, y hubo de matar al ser que lo engendró.

Denuncia cruel y maldición, el Hombre de Freud y el Psicoanálisis es el hijo del crimen. Pero... ¿por qué lo atormenta una culpa? ¿Por qué se siente punible y detestable?... Para aprehender emocionalmente la figura de la culpa y pecatarse de los disvalores que hacen repugnante el incesto, la tradición, la ingratitud y el asesinato, hay que poseer, *por adelantado*, una conciencia moral, lo que significa: respetuoso reconocimiento del bien y la virtud; adhesión original a los valores de la gratitud, la amistad, la cooperación, el amor filial y la honestidad sexual... ¿Sería la sociedad la que descubriría al hombre maduro toda la odiosa brutalidad de su conducta, mucho después de consumados los hechos?...

Si el hombre poseyó una visión moral cuando el crimen fue cometido —o deseado— es que ya el ángel se oponía, dentro de él, a la empresa del demonio. Si no la poseyó sino mucho después, su sencilla y radical ignoran-

cia de niño lo salva de toda culpabilidad. No es posible imputar sanción alguna al comportamiento de los gatos, o los gorriones, o los insectos...

—Ciudadano del Universo, el Hombre tiene en sus manos la felicidad, y puede ser feliz si consigue comportarse adecuadamente en cada situación singular, nos dirá Bertrand Russell, desplegando ante nuestros ojos un mundo grato y deseable. Hay que formar el carácter y adquirir, casi en toda cosa, *la discreta posición que reconoce, con la sabiduría griega, que la virtud está en el medio.*

Está en lo cierto Russell, pero este hombre necesita un mundo hecho a su medida, por sí mismo, ya que la sabiduría del ecuánime y justo no es la virtud dominante, ni mucho menos. Es más bien la excepción. Una sociedad en crisis produce multitudes de hombres desorbitados y excesivos que arrastran y exacerban al más sabio y prudente. La masa incontrolada rebasa toda medida y anula las conciencias constructivas.

Y, ahora, llegamos a esta confesión: —El Hombre es un desconocido. Se ha perdido a sí mismo por la tecnología, haciéndose “estrecho, especializado, inmoral, ininteligente”.¹ No hemos podido aprovechar todo cuanto las ciencias nos han enseñado respecto de él, pero... es posible hacerlo.

¿Es posible?... Me parece arriesgado afirmar muy rotundamente todo aquello. Por lo pronto, habrá que ponerse de acuerdo respecto de qué ha de entenderse por *progreso moral*. La moral positiva es cambiante, puesto que es un producto histórico y social. Carrel exige la pureza racial como condición del éxito posible, y ello ya, de por sí, relativiza notablemente su pálida esperanza. En realidad, la suprime, porque, por mandato de la historia e imperio de la propia tecnología, los contornos de la silueta racial se vienen diluyendo rápidamente en un nuevo tipo de hombre cada vez más mestizo y universal.

Como el conocimiento es acumulativo y va siempre en aumento ilimitado de informaciones, datos y experiencias, de hecho todo nuevo día sabemos un poco más que el anterior. Lo que da al sabio la sensación de su ignorancia es que el dominio de nuevos horizontes en forma de soluciones despliega ante sus ojos otros tantos problemas inéditos. Si bien es indiscutible que lo que sabemos del inmenso *ignoramus* resulta proporcionalmente insignificante, no es menos cierto que lo que sabemos hoy es colosalmente más que lo que supimos hace 5,000 años.

Bien largo es aún el camino que debemos andar para aceptar sin error que ya nos conocemos, pero estamos andando ese camino, y algún día llegaremos.

¹ Alexis Carrel: *El Hombre un desconocido*, Edit. Zig-Zag, Santiago de Chile, p. 172.

Nada de todo eso, ha dicho finalmente el filósofo de moda, Heidegger, ensayando a Husserl y rectificando a Kierkegard: —¿Preguntan ustedes por el Hombre?... Pues el Hombre es, apenas, el que está... Para no estar. Colmada su conciencia de temporalidad y, de este modo. *Tiempo* él mismo que asesina sus carnes desde el primer minuto de su vida, el hombre es el prólogo de un libro que nunca se escribió ni ha de escribirse. Proyecto puro que sólo la muerte termina y conforma, el Hombre es el huésped del ataúd que su tiempo confecciona tan pronto como sea noticia de su llegada al mundo.

Este hombre del Existencialismo es el que viene hasta nosotros con el único propósito de anunciarnos que *se va*, es el amigo agonizante que nos visita, por pura fórmula, con la esquila de sus propios funerales. De este modo, el Hombre de Heidegger cree que sus manjares no son tales si no huelen a muerto. Camina por la vida invadido y abrumado por la visión de su tiempo, del tiempo que lo devora desde el instante mismo en que desembarca en las playas del mundo; lleva colgado del cuello, un enorme reloj, con el fin de que su sonoro e inexorable tic-tac le ponga perennemente ante los ojos su autenticidad tanatológica en que reside su verdadera verdad.

b) EL QUE ES

Así hemos pasado revista a algunos adjetivos del hombre que han abierto brecha en su historia. Tratemos de sacar algún provecho de ella. No parece que deba satisfacernos plenamente ninguno de tales adjetivos, o si se quiere, definiciones. Todas ellas traen consigo una parte de verdad.

El hombre es, así, el animal político de Aristóteles; y el lobo, de Hobbes; y el pecador salvado, de Jesús; y el buen salvaje, de Rousseau; y el bribón, de Carlos Marx; y el parricida atormentado, de Freud; y el feliz ciudadano del Universo, de Russell; y el desconocido, de Alexis Carrel, y aun —¿por qué no?— el condenado a muerte, de Heidegger... Pero todo ello nos lo descubre, en síntesis final, como un ser impaciente que hace y yace en un mundo de su propia creación enhebrando dolores y placeres, triunfos y derrotas, acatamientos y rebeliones, agravios y caricias, aprobaciones y reprochaciones, bienes y males. Este hombre es, en esencia, *ansiedad pura*, fauces abiertas y zarpa rampante, no sobre las migajas de sus compañeros de aventura, sino sobre la inmensidad incommensurable del Universo. Satisfecho a la par que insatisfecho en el viaje sin término de la duración y el tiempo, crea y recrea su mundo, construye su templo, saca de sus propias entrañas a sus dioses y... camina, camina... visitando los albergues y posadas de la

labor concluida y la jornada terminada para embriagarse unas horas con el vino de sus inagotables bodegas antes de emprender la nueva marcha. El hombre es ansiedad pura que se apaga y enciende por los senderos de la Historia con el ritmo solar de las noches encadenadas a los días.

¿Tiene algo que ver nuestro Hombre con el Hombre existencialista?... Muy poco. La ansiedad del Hombre existencialista es ansiedad pungente y dolorosa. Por eso nos habla, no de ansiedad, sino de *angustia*. Pero, además, el Hombre-Angustia es llama que se encienden *una vez* para apagarse *una vez*, y... hasta siempre. Nuestro Hombre-Ansiedad, que tiene vocación para el goce aun en el trance de su luminoso avivamiento, es llama que se enciende y se apaga indefinidamente, no tan sólo en el tiempo personal de la conciencia del Yo, sino en el tiempo ilimitado de la familia humana.

El Hombre-Angustia es como el niño que, a fuerza de impaciencia y torpe curiosidad, dejó deslizarse en el tacho de la basura, sin percatarse de ello, los bombones de la linda caja que le obsequiaron, y ahora cree que el obsequio fue una amarga burla, pues no tiene en su poder otra cosa que su envase vacío. Nuestro Hombre-Ansiedad es el niño afortunado que se comió dichosamente los bombones, y ahora se presenta ante sus padres para pedirles que se la llenen de nuevo, lo que es seguro que harán.

c) EL QUE GOZA

Los problemas del goce y el gozar y sus objetos deben ser tratados en los cuadros de la fisiología y la psicología. El goce se da inmediatamente como sensación de bienestar y como liberación de un estado de angustia. La economía orgánica es un proceso *doble*, de *absorción de ciertos elementos*, y en cierta cantidad tomados del mundo exterior, así como de expulsión de otros que el organismo rechaza como inútiles o nocivos, o expele por razones de defensa, unas veces, o para reproducirse, otras.

La posibilidad del goce exige, pues, ciertas condiciones de la economía orgánica, condiciones que *podrían expresarse* a través de dos situaciones opuestas: o el organismo se halla necesitado de ciertos elementos que su estructura reclama; o padece sobrecarga de energía por exceso de elementos nutritivos o insuficiente actividad. Lo primero se denuncia en el malestar del hambre; lo segundo, en el malestar del empacho, en la actividad del celo, o en la deportiva. En *ambos casos hay angustia*, y el gozar se da sólo en el acto y momento de suprimirla, por la ingestión de lo necesitado, o la expulsión de lo excesivo. La gloria del día prende su fiesta de brillantes colores en el negro petróleo de la noche. El placer se alimenta de dolor. Un

estado de invariable equilibrio orgánico nos sumiría en una melancólica penumbra vacía de incentivos.

Por fortuna, ese gris equilibrio *no* existe, ni para el hombre más afortunado que se pueda imaginar. En realidad, es incompatible con la vida en cualquiera de sus formas, porque toda vida es, en esencia, estructura de materia fluyente. El corazón es, en los animales superiores, su última síntesis. Vivir es sólo un dejarse transitar por un torrente de corpúsculos, ser este torrente: y la persona física cobra unidad solamente en el perfil convencional de un momento imaginado y abstraído. El *yo* se agarra a ese momento como quien fotografía un trozo de cascada y lo fija con ayuda de la memoria y la capacidad representativa atribuyéndole, por amor a sí mismo, una substantiva e inexistente permanencia. Para convertirse en substancia relativamente estable y existir en términos de identidad sólo hay un medio: la muerte. Pero ni el cadáver lo consigue sino muy parcialmente.

En suma, que los goces sensuales del comer, el beber, el copular, el expe-ler detritus y el ejercitar los miembros en las tareas del juego y el deporte se dan y tienen que darse en cadenas de cargas y descargas alternativas de energía vital, que se corresponden con estados, igualmente alternativos y consecutivos, de hambre que puede llegar hasta la angustia y de gozosa satisfacción que puede llegar hasta el espasmo.

Empero, el animal humano vive en un mundo inmensamente más amplio que los irracionales, mundo que tiende a ensancharse cada vez más en el universo del espíritu, de donde resulta que su capacidad de goce y, sobre todo, las posibilidades de éste con relación a sus objetos pueden abandonar los limitados territorios del clima en que viven confinados los seres irracionales y, sublimando aquél, beber en las inagotables fuentes propias del espíritu.

El Hombre conciencia emocional y representación, el Hombre imaginación y fantasía, el Hombre Espíritu puede hallar, y halla a menudo, fuentes de goce superior en la pura constatación de su poder sobre otros hombres y sobre las cosas; en la conciencia de su saber tanto como los demás saben, o más que ellos; y, finalmente, en su libre ingreso a las fuentes de la Belleza. La contemplación desinteresada de las cumbres de la *perfección* en la creación y composición de toda suerte de teorías científicas, técnicas y normativas, como de realidades vivientes o imaginadas otorga generosamente todo lo que consideramos que ennoblece y eleva a este infatigable gozador que es el hombre.

Cada uno de los órganos de los sentidos es vehículo colmado de espléndidos regalos. Los ojos nos descubren el prodigio de la luz en la gama de

todos los colores pensables, así como en la forma y línea de los cuerpos. Artes plásticas, pintura, escultura y arquitectura son creaciones de los ojos y para los ojos en que nos regocijamos por los ojos. El encanto de un paisaje, la maravilla de una *catedral medioeval*, o de un *ruinoso muro o columna en Grecia o Roma*; el inefable goce que nos brindan todos los grandes museos de Arte... Y esto: la dicha de poder leer y escribir, meditando pensamientos que pueden adosarse a trozos de papel o tela para comunicarnos los unos a los otros, y aún para eternizarnos en el tiempo... Todo eso es donativo multimillonario de los ojos.

El oído es el adorable mensajero de la Música, y es sólo por él que nos acercamos, no únicamente a ella, fuente sin adjetivos de nobles felicidades y cofre mágico de nuestros más dulces recuerdos, sino a nuestros semejantes en el lenguaje oral, que la especie humana no habría inventado si el animal "hombre" hubiera advenido al mundo desprovisto de aquel órgano. La Poesía es la creación de su genio... y no hacen falta encomios.

Campanas, violines, pianos... , susurros de las brisas en los árboles, caricias del agua en las rocas de la montaña y en las playas del mar; canto y rugido, murmullo y trueno, voz de la amada o grito de la guerra... todo eso y mucho más rebosa el cesto con que nos visita el ujier del Oído.

Gracias a las fosas nasales cobran un nuevo encanto más las flores de los ojos: ya no son sólo formas y colores en grata armonía, sino también embriagador perfume. Gracias a ellas nos acercamos a la mesa del banquete, o a la humilde olla del pobre, con risueño apetito. Gracias a ellas también nuestro organismo se defiende y rechaza los desperdicios y los tóxicos. No tan millonarias probablemente las *dos mellizas mensajeras del Perfume*, su regalo es sin embargo exquisito.

Y así, de la lengua y el gusto! Y así, de la epidermis y el tacto; del Laberinto, del Calor y del Frío, de la Cinestesia y de la Cenestesia!...

No hay, en definitiva, cosa alguna que no pueda ofrecerse como fuente de goce para quien se acerque a ella con ánimo y capacidad sensitiva de gozarla.

Que los goces del espíritu tengan como raíz explicativa un proceso de secreciones glandulares, o el complejo de Edipo, no interesa para el caso; como no interesa que el Hombre haya sido amiba en la aurora del mundo. Hoy es espíritu hasta el extremo de poder silenciar, cuando se lo propone, el grito de la carne, hasta la suprema locura de la muerte.

Pero es, de todos modos y siempre, un gozador el Hombre. Su voluntad le exige serlo, no menos que su economía orgánica. Los mayores renunciamentos aparentes son huídas del dolor, unas veces, en busca de la inocui-

dad y la serenidad; o billete millonario, otras, para comprar la corona de diamantes de la admiración de los rivales, o el mirto de la victoria, o los laureles de la gloria, o, por último, la gratitud de los dioses en el paraíso prometido.

d) EL QUE PUEDE

Ahora es el Hombre *pudiendo*, el poderoso rey de la creación que libra su batalla de la vida con el auxilio de la tecnología. Venció a todas las especies del mundo animal; invadió y dominó el planeta que lo concibiera como mísero protozooario, y se prepara al asalto de la Luna. En el estado actual de la ciencia ya parece no haber nada que no pueda.

Nacido apenas "el que puede", su biografía se inscribe en acciones y reacciones sobre sí mismo y sobre toda cosa de su contorno. Su presencia es la más rotunda negación de la muerte, y su poder, que es *poder hacer*, desborda idealmente todo límite. Desde el primer vagido ha de *poder* llorar y agitarse, y cogerse del pezón materno, y luego hablar y andar. Su ansiedad de dominio y su destino de fortaleza sobre toda resistencia exterior, lo convierte en un demiurgo constructor de ciudades y mundos, de fantasías y de teorías, de realidades soñadas y realizaciones existenciadas. Si ama, este Hombre es ansiedad de poder identificarse con lo que ama, o introyectarse lo que ama, o sumirse en lo que ama. Si odia, su ansiedad le exige *poder* destruir el objeto odiado, deformarlo o liminarlo.

El Hombre *pudiendo y pudiente* es el que *hace* toda cosa, o quiere hacerla, no menos que el que la deshace, o quiere deshacerla. Su triunfante marcha por los penosos caminos del devenir biológico no es otra cosa que insaciable acopio de poder. ¿Quiere subir a su árbol? Ha de *poder* hacerlo. ¿Quiere bajar de su árbol? Ha de *poder* hacerlo. ¿Quiere crear el fuego? Ha de poder frotar el pedernal. ¿Quiere hacer suya a su hembra? Ha de *poder* llegar hasta ella y derribarla. ¿Quiere edificar su choza? Ha de *poder* cortar los leños y arrastrar los guijarros; ha de poder mezclar la arcilla y alzar la vertical del muro. ¿Quiere cazar el venado? Ha de *poder* herirlo y dominarlo. ¿Quiere salvarse de la fiera o escapar a la muerte de las furias volcánicas o de la tempestad? Ha de *poder* huir con paso rápido y oportuno, y *poder* llevar lo que fue suyo, y reconstruirlo y repararlo en otro sitio...

Sin el *poder*, nada le hubiera sido dado al Hombre-Ansiedad, y habríase extinguido en las profundidades del mar original como se extingue una infección en la víscera joven.

Hay el poder sobre las cosas del mundo físico, y la Historia del Hombre

es Historia de la acumulación de su poder, desde el poder prender la chispa del pedernal hasta el poder romper el átomo. Hay el poder sobre los poderes ocultos y lo desconocido, y la historia del Hombre es la Historia del mago primitivo que *pudo* dominarlos incidental y empíricamente hasta el sabio contemporáneo que puede esclavizar el trueno, entubar el ancho río, perforar la montaña y burlar el cósmico agobio de la gravedad.

Hay el poder sobre los otros hombres, y la Historia de *el que puede*, es la Historia del unificador de la tribu, del organizador de la ciudad, del fundador de naciones; del que *pudo* lanzar a sus semejantes unos contra otros en la violencia del odio y de la guerra; del que pudo edificar la paz, y crear un orden jurídico y una sociedad solidaria. Es la Historia del que *pudo* mandar y dominar.

Hay el poder sobre sí mismo, y la Historia de *el que puede* es la Historia del Hombre que pudo ahogar la voz de sus instintos; la Historia del Hombre que inventó la virtud, la templanza y la tolerancia; la Historia del Hombre que pudo ser valiente; o ser prudente; la Historia del Hombre que pudo economizar sus energías morales para *poder* más y mejor sobre su mundo.

Hay, en fin, el poder creador del Arte, y de la Ciencia, y de la Técnica.

Mas a fondo, la *posibilidad* condiciona al ser, siente como al estante, y se multiplica a sí misma en nuevas posibilidades. Todo lo que es, es porque *pudo* serlo. Todo lo que está, está porque *pudo* estarlo.

e) EL QUE CONOCE

¿Quién no conoce al que conoce?... Y, si lo ignora, ¡cuánto quiere no ignorarlo! Desde sus primeros balbuceos el Hombre niño se convierte en un inquisidor abrumadoramente pertinaz. —¿Qué es esto, y qué es aquello? —¿Por qué esto y por qué lo otro? —¿Cuándo ocurrirá esto? —¿Para qué sirve esto? —¿Dónde vas? —¿De dónde vienes? El *qué*, el *por qué* y el *para qué* de las cosas asedia al espíritu del Hombre en todo tiempo y lugar. “Es preciso, pues, continuar haciéndonos preguntas que, desde el punto de vista de la sana crítica científica, no tienen sentido alguno —dice Alexis Carrel² al ocuparse de la curiosidad—. Por otra parte, aunque procuráramos prohibir a nuestro espíritu la investigación de lo imposible y de lo incognoscible, no lo lograríamos. La curiosidad es una necesidad de nuestra naturaleza humana. Es un impulso ciego que no obedece a regla alguna. Nuestro

² Alexis Carrel, cit. p. 30, en *El Hombre un desconocido*.

espíritu se infiltra en las cosas del mundo exterior y en las profundidades de nosotros mismos, de manera tan irresistible y carente de razón, como explora un ratoncillo con ayuda de sus hábiles patitas los menores detalles del sitio donde está encerrado. Es esta curiosidad la que nos fuerza a descubrir el universo, y nos arrastra irresistiblemente en su persecución por los más desconocidos caminos. Y las montañas más infranqueables se desvanecen ante ella como el humo dispersado por el viento".

Sí, el Hombre-Ansiedad es, en su tercera dimensión antropológica, el hombre *que inquiere*. Anheloso de saber y de saberse, la obscuridad lo desafía con irresistible acento, y acaso nada le es tan placentero como robarle a la noche su secreto. El ansia de verdad ha edificado todas las ciencias. Más aún: ha edificado todas las religiones, pues los dioses son hijos de la curiosidad no menos que del dolor y el miedo.

El saber, por sí mismo, ya es un fin para el Hombre que goza, aunque la posesión de la verdad no se tradujera en más amplios poderes. La perplejidad del no saber es tortura que el Hombre-Ansiedad no admite. Si no conquista el conocimiento anhelado, prefiere inventar aunque no fuera más que una hipótesis de trabajo que le permita saltar el pozo desconocido para seguir inquiriendo del otro lado del pretil. Cuando su razón se muestra definitivamente impotente, la atropella con la *revelación* cuya posesión le otorga la serenidad de conocer lo incognoscible, mal que fuera en vaguedades contradictorias e incoherentes.

Después de todo, la vida le parecería muy poco interesante al Hombre-Ansiedad si no tuviera problema que resolver. La ciencia es un componer obstinado de acertijos cuyas soluciones engendran siempre nuevos acertijos. Juego maravilloso de la vida del Hombre el resolverlos, si nouviésemos nada ya que preguntar, el tedio nos obligaría a incendiar nuestras bibliotecas. El absurdo hombre omnisciente se convertiría en un dios melancólico y hastiado.

Por fortuna, parece demasiado remota la posibilidad del saber total. Y, sin embargo, contradicciones irreductibles del Hombre Desconocido, es esto lo que queremos con fuerza arrolladora. La ignorancia se nos antoja padecimiento insoportable, y hay que saber lo no sabido a todo trance. El sabio es el hombre a quien en más alta estimación y respeto se tiene. Es el temido, o el amado, lo mismo en la aurora del mundo humano que en la gran ciudad civilizada. Lecho idealizado del más puro goce, la Sabiduría es, a la vez, instrumento forzoso de cualquier forma de poder.

Por eso, sólo reina de verdad el que *conoce*.

II

EL INSTINTO DE ASOCIACION

a) EL QUE SE JUNTA

Hasta aquí nos hemos ocupado del Hombre esencial, solo o acompañado, descubriéndolo como ansiedad pura en tensión hacia el goce, el poder y el conocimiento. Ahora nos interesa reiterar lo que se sabe del segundo, del Hombre acompañado, de *el que se junta*, con dimensión adicional contrapuesta al Hombre que se aísla en la invención, la rebelión y la disidencia.

El Hombre que se junta es el problema que ha edificado todas las ciencias *sociales* contemporáneas y en especial la Sociología sobre la concepción aristotélica del "animal político". La bibliografía es abundantísima. Nosotros hemos tratado ya este tema, en sus grandes líneas generales, espiando los aportes de numerosos sociólogos del presente y del siglo XIX especialmente, tanto al hablar de la sociología y el plan de sus tareas habituales, como al ocuparnos de la mentalidad primitiva, de la ciudad y aún del Estado, en nuestro texto de *Introducción al Derecho*.

De lo que inicialmente se trata aquí es de destacar que la *sociedad es un fenómeno natural*, y que por tanto el Hombre, como tantas otras especies animales, se ve irresistiblemente determinado a unirse a sus semejantes, constituyendo con ellos la conciencia del *nosotros* a través de muy variadas formas de asociación. Gozador, el hambre y el amor lo echan en brazos de su madre, primero, cuya *nutricia teta* es la condición original de toda vida; de su compañero o compañera genitores, después, para fundar la promiscua horda, y el clan, la tribu, y la ciudad, la nación-Estado, la familia de naciones. Ansioso de poder sobre la naturaleza y los poderes ocultos, necesita multiplicar sus fuerzas, por la unión con otras solidarias, que sólo sus semejantes pueden brindarle, para gobernar místicamente el curso del sol y el correr de los ríos, los vientos y las lluvias; para cazar el ciervo y dominar al león, para atemorizar al lobo y conquistar, finalmente, la sumisa adhesión del asno, la vicuña, el perro y el caballo; para que la tierra le otorgue sus semillas y sus frutos en acopio suficiente y periódico. Curioso del saber, no lo buscará tampoco por sí solo: preguntará a quién con él puede comunicarse, su próximo, su prójimo, para intercambiar impresiones y opiniones, o recoger consejo, y, con él, bajo la choza del brujo, templo de la primera comunidad de hombres, iniciará la maravillosa conquista de

lo desconocido, abriéndole dos rutas paralelas hacia el imprevisible futuro: la Religión y la Ciencia. Por el sendero de la fe, sus tótems simples y groseros se sublimarán hasta erigirse en dioses a la razón inaccesibles, y la cueva del mago paleolítico será la catedral de Roma o la mezquita de Delhi; por el camino de esta última, la razón, su minúsculo saber de la huella del tigre en la floresta, o del canguro en el crial, del efecto de algunos jugos vegetales, del arte de la flecha y el bumerang, concebirá pronto la rueda, y el coche, y el telar, el trapiche de madera, el papiro, el papel y la imprenta, la máquina de acero, la fábrica, el robot, y por fin, la estructura del átomo. De este modo, el ingenuo trozo de cerámica que hoy desenterramos de la tumba arcaica es la fábrica automática y electrónica de "controles remotos" que hoy nos asombra.

Pero gozando, dominando o aprendiendo, nunca veremos solo a este Hombre-Ansiedad nuestro.

Bien se ha advertido que todo cuanto el hombre piensa, siente, dice y hace lo encuentra preexistente, sugerido, regulado y organizado por la sociedad en que adviene como una célula más de un apretado tejido. Lengua, Religión y Moral, Artes y Ciencias, costumbres, utensilios... todo está ya allí, tan amorosa como dolorosamente creado por la sociedad a lo largo de milenios de luchas y trabajos que nunca tuvieron tregua. Si me calzo el zapato, es porque alguien, que no soy yo, sugirió la posibilidad de protegerse los pies con la gruesa piel de ciertos animales, y otro alguien, que no soy yo, del pasado también, concibió la forma adecuada; y otros "alguien", que no soy yo, del presente, han traído la res al matadero, la han derribado, la han desollado, la han curtido, la han coloreado y modelado, y alguien que tampoco soy, en fin, la ha puesto en el escaparate vidriero convertida en los zapatos que me gustan y que adquiero. Todo este proceso de acaso cuatro mil años ha estado protegido, y lo está ahora, por un sistema jurídico y moral y un régimen administrativo y económico, y aún por una religión, que hacen posible, sostienen, representan, divulgan y alimentan una cadena de numerosísimos otros "alguien" a quienes interesa, directa o indirectamente, que el par de zapatos de mi antojo lleguen a mis manos en buenas condiciones, y que yo pueda usarlo sin agravio y sin molestia, ni para mí, ni para los otros.

La sola mención de la cosa que pido, la palabra zapatos, no es invención mía: la han creado, para mí, para ti, para nosotros, decenas de generaciones; por no decir la Humanidad entera.

Así pues, *la sociabilidad* del animal Hombre invade a éste por donde se le mire. Empero —podría replicarse—, si yo me embarco en las costas del Perú,

camino de la Polinesia, como el famoso y reciente Kontiki; me marché en busca de una de las tantísimas islas o islotes solitarios del Pacífico ecuatorial; y en una de ellas me dejo desembarcar, dejando por cierto, en el barco que me abandona todos los utensilios que traje en la maleta, y hasta mis ropas exteriores, tal como el prestidigitador que se arremanga la camisa a tiempo de extraer su par de conejos del sombrero de copa... ¿qué queda de mi socialidad?...

—Ah, me diría de inmediato el adversario viéndome ya subido en la más alta palmera, y... tus zapatos?...

—Pues, ahí van, le diría yo, y los echaría al mar.

—Ah, me diría sonriendo el adversario, y... tus calzones?...

—Ahí van mis calzones también, le replicaría a mi vez, y aunque me devoren los insectos!... Y *absolutamente solo, y absolutamente desnudo*, nada tengo ya de ustedes, los generosos, los muníficos miembros de la sociedad.

Pero a las pocas horas tendré hambre, y buscaré raíces y frutos silvestres para alimentarme. Al caer la noche tendré sueño... Trenzando lianas me fabricaré una hamaca, y me echaré en ella a soñar con el gran fiasco que habré infligido a la *fanfarrona sociedad*, dispensadora, según ella, de cuanto poseo. Mas en ese momento se me aparecerá el adversario y, con implacable y cruel sonrisa, me dirá esto: —Cómo sabías cuáles eran los frutos, y de cuáles árboles, y cuáles las raíces que podías comer?...

—¿No se te ocurre?... ¡Eso lo sé desde la escuela!

—Y ¿cómo sabías lo que es una hamaca, y la manera de hacerla?

—Oh... pues eso lo he leído en las historias de los grandes viajeros... ¿Acaso tú no sabes quién fue Robinson Crusoe?...

—Muy bien, mi amigo, todo eso está muy bien, y es exacto, pero... tu escuela, y los libros de viajes, y Robinson Crusoe son el regalo de tu sociedad, y todo eso has metido aquí, a tu isla, de contrabando. ¿Es así?... ¿O no?...

—Pues sí, lo reconozco; no me había percatado, mas... ¿cómo hubiera podido dejar eso en el barco?...

—Exactamente, no lo podías. Y aquí voy a darte, a ti, campeón derrotado del individualismo, el puntillazo final: tú estabas y estás pensando algo; estabas soñando o recordando cuando te sorprendí... ¿No es cierto?

—Sí...

—Pues bien, todo cuanto hubo y hay, y habrá en tu conciencia; todos tus pensamientos y tus imágenes son figuras y modos de pensamiento, imágenes y conceptos que la sociedad ha inventado para ti. Ella ha llenado tu

conciencia, cámara oscura y vacía del irracional que fuiste al desprenderte del cordón materno, con todo cuanto te es posible pensar y concebir. En suma, que *tu* yo es *nuestro* yo, y... para siempre. ¿Estamos de acuerdo?

—Sí.

b) EL QUE SE AÍSLA

Nos da "el que se aísla" la dimensión contrapuesta.

Por lo que se ha dicho, sin embargo, ha quedado establecido que resulta imposible desvincular al Hombre de la sociedad. Se trata, para decirlo de una vez, de una condición, no histórica ni accidental, ni siquiera lógica, sino ontológica. El ser del Hombre, siendo un *estar en el mundo*, es un *estar en la sociedad que hace a ese mundo*.

Mas nuestro viajero de la Polinesia, entre vaivén y vaivén de su grotesca y "social" humana y con el instrumento de su meditar "social", ha estado repensando el problema y la justificación de su vencido sí final. Se ha colocado en un momento convencionalmente determinado del pasado histórico de un pueblo. Por ejemplo, en el año 9000 del Egipto, antes de Cristo. Allí, en las pantanosas márgenes del inquietante Nilo, se ha representado mentalmente una comunidad de gentes viviendo organizadas en tribu paleolítica que sabe construir objetos de cerámica y toscas flechas; que practica ciertos ritmos mágicos, y levanta su choza y viste y habla de ciertas maneras. Ha hecho, en fin, un corte transversal de la historia y ha detenido a ésta mentalmente. Luego se imagina actuando en esa tribu. Soy un artista del cacharro de tierra cocida —se dice a sí mismo— y se me ha pedido un vaso *excepcionalmente* bello para una ceremonia mística sobresaliente...

¿"Excepcionalmente"?... ¿Qué quiere decir "excepcionalmente"?... A lo que se me alcanza, el gran jefe de la comunidad parece desear que emplee una *desconocida* composición de tierras y probablemente, que pinte con dibujos *novedosos* el vaso requerido. Como su intransigencia y su crueldad me son harto conocidas, yo debo y tengo que darle gusto. Y me he dado a buscar materiales que antes no se usaron, y he concebido una *creación* ornamental absolutamente inédita. En fin, ya tengo el vaso novedoso y "excepcional", y no dudo de que será de grande éxito.

Pero... si todo yo soy *sociedad*, ¿cómo puedo hacer algo que no esté ya dado en ella? ¿Cómo puedo alzarme contra la costumbre establecida de esta mi artesanía y *disentir* de lo que tengo comunicado por mis antepasados? ¿Cómo puedo presentarme ante mi comunidad con algo que no está instituido? Con algo, en fin, excepcional, y nuevo, a lo que puedo calificar como

mi creación?... Sin embargo, el vaso está hecho y, aunque en muchos sentidos, él no hace sino aprovechar enseñanzas y materiales ya sabidos, en muchos otros, en cambio, este vaso es *exclusivamente mío*. Si lo destruyo, y si otro tanto han de hacer, con instintiva forzosidad, todos cuantos, en mi comunidad del año 9000 antes de Cristo, idearon o realizaron cualquier cosa que pudiera llamarse *nueva*, o *distinta*, o *excepcional*, entonces... ¿cómo pudo inventarse el fuego? ¿Cómo pudo *crearse* la rueda? ¿Cómo pudo *modificarse* la norma de convivencia?

No, la humanidad no fuera histórica sin un *alguien individual* disintiendo, cambiando, rebelándose frente al pasado, creando, removiendo lo consuetudinario y haciendo posible, aún a riesgo de la vida —que innumerables fueron los que la sacrificaron por esto— haciendo posible lo imposible, lo excepcional.

Ahora bien, cuando mi vaso haya merecido la aprobación de mi jefe y el aplauso de mis gentes, otros me pedirán que les enseñe cómo lo hice, y me imitarán, y, entonces, sólo entonces, el vaso de mi *yo* será el vaso de *nosotros*, el vaso social.

No hay Historia sin Héroes por mucho que no haya Héroes sin Historia. Pero ellos son los amados, los respetados, los temidos, los conductores; más adelante quizás los dioses... Yo soy ahora, con este vaso en mis manos, uno de ellos.

Pero, entonces, el Hombre de la Historia, el hombre de la comunidad que *marcha* hacia el futuro es *Libertad*, pues que sólo en tanto en cuanto pueda yo disentir, rebelarme, inventar y crear, modificar la costumbre establecida y quebrar el ancestro, sólo en cuanto todo ello se dé como posibilidad y se proyecte en realidades, mi tribu del año 9000 habrá podido edificar la ciudad que acabo de abandonar para venir a esta isla.

Si me siento capaz, si me siento conductor y quiero una vida mejor para los míos, he de sembrar, *Yo*, la semilla de mi descontento y abrir las *nuevas* rutas.

Así pues, a vosotros, la comunidad de los hombres, os digo: yo sólo, tú solo, él solo, somos los motores de la Historia. Oponeos a las abejas, o a las hormigas, o a las arañas... ¿Hubo alguna entre ellas que en un millón de años se abstuviera de hacer *como las otras*?... No la hubo. Por eso la colmena, el hormiguero y la telaraña, son hoy la fidelísima reproducción fotográfica de lo que fueron hace un millón de años.

Toda cosa transpersonal o social fue, es y será originalmente personal o individual, sin excluir estas dos supremas cosas: la palabra y el dios. El

Hombre-Ansiedad es lo mismo y a la vez, en interdependencia inescindible: aquél que se junta y aquél que se aísla.

III

LA LIBERTAD NATURAL

a) INSTINTO Y LIBERTAD

Tan pronto como adjetivamos la libertad de algún modo, nos hallamos reconociendo implícitamente la posibilidad lógica de emplear otros adjetivos y la posibilidad ontológica de otras libertades. Junto, pues, a la libertad natural o en contradicción con ella, podemos hablar de, por ejemplo, una libertad religiosa, una libertad jurídico-política, una libertad moral, etc. Esta, que aquí nos ocupa, es la libertad en sus relaciones con la naturaleza, esto es, la libertad del animal Hombre, la libertad originalmente dada, o analíticamente separada de la libertad social en función de Religión, Moral o Derecho.

Suele identificarse la libertad natural con la libertad a secas, y ésta es la primera diferenciación que habría que hacer, entendiendo así el problema: —Gobierno mi voluntad con entera autonomía. Nadie ni nada me determina en sentido alguno, y soy, con carácter absoluto, lo que me da la gana de ser. Hago u omito lo que quiero hacer u omitir. Realizo cuanto place a mi capricho “sin dioses en el cielo ni amos en la tierra”, y no reconozco otra norma que la norma que mí Yo personal e intransferible formula para mi propia conducta. Soy mi único legislador y sólo yo mando sobre mí mismo, por encima del bien y del mal, de la piedad o la impiedad, de la conjuridicidad o la antijuridicidad. Toda la ley es Mi ley.

Tal pareciera ser la libertad *natural*, y así suele entenderse.

La libertad a secas, esto es, sin adjetivos, no es, en rigor, sino una noción filosófica o lógica que se daría en la respuesta por la esencia de libertad, en estos o parecidos términos: Libertad es posibilidad de obrar o de no obrar, o de obrar discrecionalmente en uno cualquiera de sus varios sentidos reales. Se trata, en rigor, de la significación contenida en la expresión Libertad.

¿Esta libertad formal y esencial es la libertad material y concreta que despliega sus posibilidades sin otra conexión que los instintos del animal Hombre?...

Vamos. Ya la mención de los instintos en conexión con la libertad nos

da el sentido incorporado al adjetivo natural. Libertad natural es aquélla que nos permite obrar conforme al dictado de nuestros instintos. Es la libertad del ente humano estrictamente biológico.

Pero... ¿los seres del mundo biológico son libres?... ¿No hemos recordado a las abejas o las hormigas y a las arañas y subrayado su profunda y total sujeción a una estructura de impulsos y reacciones tan rígida que su modo de ser y hacer marcha por la Historia de los tiempos en una sola línea invariable y eterna?... ¿Acaso hay libertad fundada en los instintos?...

Sin duda que no. Muy al contrario: instintividad y libertad son términos *antinómicos*. Donde reina el instinto, la libertad está ausente. Donde la libertad impera los instintos yacen encadenados.

He ahí por qué el animal Hombre es mucho más Hombre y mucho menos Animal.

b) ESPÍRITU Y LIBERTAD

De lo dicho se infiere que por *libertad* hay que entender, en definitiva, esto: *capacidad formativa del Hombre-Ansiedad sobre su Yo y operacional sobre su No-Yo*.

Pero volvamos al origen, y echemos una ojeada a la marcha del Hombre en el tiempo cósmico y, partiendo de la abeja —para no ir ya más atrás—, hallaremos que la vida animal se acerca al primer antropoide en formas singulares o especies de seres con un círculo de posibilidades operacionales siempre creciente. La noción de superioridad, cuando hablamos de animales “superiores” e “inferiores”, recoge su sentido justamente de la mayor o menor amplitud de posibilidades operacionales que al ser permite su estructura. De modo que los grandes mamíferos como el caballo o el perro, a los que damos el calificativo de “inteligentes”, ganan en superioridad a los “no inteligentes”.

En la frontera de la irracionalidad y el Hombre se nos aparecen los cuadrumanos mayores, como el chimpancé y el orangután, dueños de grande autonomía operacional que se traduce en espacio vital más amplio y en tiempo operacional más reducido para cada operación. Pero el orangután y el chimpancé de hoy no difieren apreciablemente, en su aspecto somático y sus formas de vida, de sus restos paleontológicos de hace medio millón de años. Ambos siguen siendo obsecuentes servidores de la vida instintiva, del impulso original.

Vislumbra un asomo de libertad, sin que sea posible señalar el punto de un corte en la historia de la Biología tan pronto como asoma un asomo

de espíritu, es decir, una incipiente posibilidad de representarse, al través de imágenes mentales más o menos puras, las realidades exteriores. Este es el momento del Hombre, la natalidad del Hombre pisando su suelo, en dos pies, con atemorizado y tambaleante caminar.

Así pues, si se puede hablar de una libertad *cósmica*, diríamos que ella se identifica con la vida, y atisba, en el planeta, con la amiba y el protozoario, en círculo cada vez más amplio, hasta el hombre de Neanderthal o el de Pekín, quien, pudiendo ya llamarse Hombre, se llama así porque reconocemos en él aquello que esencialmente nos *humaniza*; el espíritu. Por tanto, aquello que nos *espiritualiza*: la libertad, un minimum de capacidad operacional sobre las cosas condicionado por otro minimum de capacidad representativa de las mismas.

Y, ya con el Hombre de la Historia, contemplaremos al primitivo reconociéndolo como esclavo de su ancestro, a pesar del espíritu. Y así tenía que ser, si estamos saliendo apenas del antropoide puro instinto y animalidad. Tendrán que rodar milenios en los registros de Cronos para que ese ambiguo espíritu ensanche sus perspectivas hasta el hombre moderno que ya se ha percatado de la identidad esencial que se da en los objetos *Espíritu y Libertad*.

En conclusión, la Historia es la marcha triunfante de la vida en el ámbito de una realidad siempre más amplia y múltiple por obra de ella misma. La Historia de la vida es la maravillosa Historia del Espíritu desprendiéndose cada vez más rotundamente del dominio de las leyes físico-naturales para ensanchar su conocer y su poder.

c) LA LIBERTAD EN LOS MOTIVOS PRIMARIOS

Gozar, poder y conocer son fruto y fuente a la vez de libertad. Fruto de libertad, el goce se condiciona por una cierta capacidad orgánica y biológica que ha de darse individualmente en razón de la multiplicidad y eficacia o sensibilidad de los órganos aprehensores de la realidad interior y exterior. Seres sin ojos tendrán cerrado para el goce el maravilloso mundo de las formas y los colores. Seres sin los órganos captadores del sonido vivirán sumergidos en la triste vaciedad del silencio absoluto. Y así los otros.

Pero fruto de libertad el goce, nos será dado sólo allí donde y hasta cuando nos lo permita el hombre-que-se-junta, el compromiso de la convivencia. Para el esclavo de su ancestro en el mundo del hombre primitivo, como para el esclavo de la sociedad antigua y para el moderno esclavo del totalitarismo socialista o el capitalismo oligárquico, el goce es goce pálido

y eventual, rigurosamente limitado a ciertas formas y medidas, generalmente *amortiguado por el miedo y la angustia*.

Fuente de libertad, el gozador afirma su personalidad sobre la conciencia de su éxito, y su gozar se trasunta en salud, y bienestar, solidaridad y gratitud, reconocimiento afirmativo de los valores sociales en que participa.

Fruto de libertad, el poder se confunde con ella misma por cuanto el poder ser o no ser, como el poder hacer o no hacer se muestran justamente en más amplia capacidad formativa y operacional. El poder sobre la naturaleza, como el poder social son *marcos de libertad convertido* en dominio creador u organizador. El quantum de libertad otorga el quantum de poder, de modo que el más libre es forzosamente el más poderoso. Y, a la inversa, fuente de libertad, el poder, desata los frenos de las regulaciones naturales y sociales, y el hombre libre es el regulador de sí mismo y el hacedor de su mundo.

Fruto de libertad, el conocer, aquél que conoce alcanzó el conocimiento porque se le *permitió* llegar a él, o porque, violando el mandato de la tradición o la autoridad, rompiendo sus cadenas, afrontó resueltamente la amenaza de la Esfinge.

Fuente de libertad el conocer, sólo quien *conoce* está en la posibilidad de adquirir clara conciencia de su realidad, rectificarla y gobernarla, en vez de ser pasivamente gobernado por ella. Acaso el hombre libre por excelencia sea el sabio, más libre por cierto, que el poderoso extranjero de su mundo, y más aún que el gozador ingenuo.

d) LA LIBERTAD EN LA ANTÍTESIS SOCIEDAD-INDIVIDUO

Esta es la libertad *política*, que se da como transacción del Hombre que se junta con el Hombre que se aísla, ya sea en nombre de un pasado que resucite a cualquiera de los fantasmas superpuestos en la subconciencia, o en nombre de un futuro que entronice un hombre nuevo, más espíritu y más dueño de su propio destino.

A la luz de los geniales hallazgos de Sigmund Freud, la psicología contemporánea nos permite una nueva imagen del hombre psíquico. Ya no es ese ángel, *pura luz de inteligencia*, que Dios ilumina; ni por cierto el "endemoniado" del Cristianismo mágico de la Edad Media; ni la privilegiada criatura toda sabiduría y autonomía racional de la Edad Moderna. Nuestra actual imagen de nosotros mismos es bastante más complicada a la vez que más coherente: somos una serie de *Yos superpuestos* dentro de nosotros por la Historia, por toda la Historia del Hombre. Nuestros *Yos* se acomodan

en nuestra tenebrosa interioridad inconsciente y subconsciente como los saltimbanquis de la suerte de circo en la pirámide humana o en el gigante de feria, que camina, tercero o cuarto, sobre los hombros de sus compañeros sustentadores. El hombre cortical, el hombre bueno, el hombre *que se junta*, es el de arriba; porque es el hombre *social* por excelencia, el que recibe con plena aprobación y conformidad las formas de vida y modos de pensamiento de su comunidad. El hombre de abajo es la humana bestia paleolítica, y los "hombres" intermedios son los del plazo intermedio entre aquella bestia y el *Yo* presente. Pero todos tienen su propia personalidad a la vez que cada uno depende de los otros, si bien, en general, el de arriba, que es el *Yo* de la conciencia, el *Yo de la libertad*, reina sobre los otros, más ahorrado cada uno, cuanto más abajo está, a tal punto que se da normalmente por ausente a la bestia humana paleolítica.

Adviértase que no es transacción, como suele creerse, la de que hablamos, con el teórico e irreal libertino hacedor caprichoso de su ley, pues este "libertino" no existe sino como construcción imaginaria y reprobatoria del hombre socializado. El delincuente, el "violador" de la ley, el perverso son simplemente *el Hombre que se aísla*, ya en la figura del instintivo bruto de la pre-historia, amarrado a la animalidad inmóvil y cosificada de su ancestro, o en la menos reprochable figura del hombre no ha mucho superado —por ejemplo, el esclavista—, ya en la figura de aquél, esta vez genio, que presente y encarna al hombre del mañana.

La libertad en el Hombre que se junta es, en todo caso, marchando de lo que fue a lo que será, libertad *que se ensancha* y crece y profundiza por obra del genio personal; es siempre conquista de mayor libertad; de ningún modo, renunciamento. En cambio, esta misma libertad, la libertad del contrato social, se vuelve, sí, freno, mordaza y renunciamento odiosos para el Hombre que se aísla, criminal o genio; criminal, cuando desertor hacia el pasado superado; genio, cuando inventor o reformador con éxito hacia el futuro deseado pero no formulado; más animal, o más genio cuanto más remotos, ambos en su línea divergente, hacia las sombras del pasado, o hacia la luz del porvenir.

Tres son los clásicos caminos que transita el Hombre que se junta para absorber e incorporar a sus miembros dentro de sus formas de vida propias, trasunto del presente social en cada lugar y tiempo: la herencia, el ambiente y la educación. La herencia conserva el pasado próximo y alecciona al postulante de la convivencia social en la composición y sentido de las formas vigentes en cuanto que emparentadas con ese pasado. Si herencia biológica, reproducirá las aptitudes e ineptitudes de las últimas generaciones. El am-

biente actuará como instrumento de coacción y coerción más adherido al presente. Si ambiente social, con la *moda mejor que con la tradición*. Si ambiente físico, con el clima y la topografía con las características del paisaje geográfico. La educación se vincula, en algún modo, mejor con el futuro, en cuanto que tiene vocación para *trasuntar, planificando, la creación del Hombre que se aísla en la visión de mundos mejores, de sociedades más libres*.

IV

LOS DERECHOS NATURALES

a) LA ANTIGÜEDAD ROMANA

Lo primero que corresponde hacer, frente al rótulo *Derechos Naturales*, es ubicar su significación, aclarando que se dan, de hecho, dos posiciones filosóficas: el jusnaturalismo —que se entiende ya superado— y el positivismo formal en que se inspira el jurista informado de hoy. Bajo la influencia del jusnaturalismo, la asignatura que hoy conocemos como *Filosofía Jurídica* se llamaba directamente *Derecho Natural*: el profesor jusfilósofo era “profesor en la cátedra de Derecho Natural”. Pues bien, ¿de qué se trata?...

Los primeros rastros de esta expresión en la Historia nos llevan hasta Roma, la nación artífice del Derecho, y allí la encontramos como *jus naturae*, esto es: *Quod natura omnia animalia docuit*, en palabras de Ulpiano: lo que la naturaleza enseñó a todos los animales. Y Paulo añade: *Qued semper aequum ac bonum est*: aquel Derecho siempre equitativo y bueno.

Pero los romanos sentaron también los principios generales de la relación jurídica de Roma con las otras naciones, pueblos o tribus, bajo el rótulo de *Jus gentium*, o Derecho de Gentes que había de constituir, apreciablemente ampliado en sus problemas, nuestro Derecho Internacional actual. Ahora bien, ¿cómo definían los romanos su Derecho de Gentes? También Ulpiano sale a respondernos: “el que usan todos los pueblos humanos”, o, según las *Institutas*, “el que estableció la razón natural entre los hombres”.

Parece que, de hecho, el *Jus naturae* no fue nunca vertido en fórmulas verbales normativas, y la impresión nuestra es que los romanos usaron esta frase más bien a modo de giro literario, queriendo destacar que el Derecho positivo no debe, en ningún caso, desvincularse del animal Hombre en cuan-

to animal, y que la ley de la vida, ley original y, por lo mismo, fundante de cualquier pretensión normativa transitoria, debe forzosamente inspirar las tareas del legislador.

Ahora bien, ley universal que rige sin lenguaje el curso de la vida humana allí donde se den animales hombres, es siempre idéntica y la misma; si se tiene hambre, hallarse movido a comer; si se tiene frío, hallarse movido a cubrirse lo indispensable y cobijarse bajo un techo; si se ansía el ayuntamiento sexual, hallarse movido a fundar familia; y, con todo ello, hallarse movido a exigir a los dioses y a los demás hombres la posesión de un mínimum de cosas en propiedad privada y colectiva; hallarse movido a cazar, a pescar, a arrancar el fruto de la tierra en la medida indispensable para no morir; y, en fin, hallarse movido a moverse, por lo menos dentro del espacio requerido para la satisfacción de todas esas necesidades. Así el tácito y forzoso orden natural —que literariamente se llama también *Jus*, arquitectura suprajurídica— inspira, sugiere, determina e impone, finalmente, el sentido de la ley histórica del Hombre, cuando del reconocimiento explícito de un mínimum de facultades o derechos subjetivos se trate.

En relación con el Hombre que se aísla, puede ocurrir que se intuya la universalidad y profundidad de ciertas reacciones emocionales condenatorias. Por ejemplo: ¿Cómo debiera entenderse la “voluntad” de la naturaleza frente al hijo parricida, o frente al “estremecedor” infiel que derribó la estatua de Neptuno? Casandra, la esquiua profetiza de Apolo, habría de alzarse conminatoria y terrible para anunciarle la venganza del Olimpo. —Muerte, dirá la voz de la naturaleza —es preciso que lo diga— muerte infame contra el violador!...

Tal debió ser el sentimiento romano de su *Jus naturae*, pero... ¿Cómo aplicarlo en cada situación? La norma —por ejemplo, la *lex comicial* o los responsa *prudentium*— lo dirá en conceptos inequívocos, permanentes, y generales. ¿Y cuando se considere que no hay norma territorial o nacional aplicable?... Entonces hablará el *Jus gentium*, que es, ni más ni menos, que la voz del mudo, tácito y divino *Jus naturae*; es el orden natural traducido en reglas positivas que, por lo mismo, deben valer para todos los hombres de la tierra, para “todos los pueblos humanos”.

B) LA EDAD MEDIA

Como, en fin de cuentas, la idea que de Dios se forma el hombre es la personificación del orden natural, y éste la legislación que trasunta la voluntad de aquél, creador y regidor del Universo, la teología cristiana pudo

fácilmente identificar el *Jus naturae* con el pensamiento normativo de la divinidad en el terreno de las relaciones jurídicas históricas, y, como Dios es eterno, su ley es eterna. Siendo eterna su ley y absoluta su voluntad, la idea del Derecho Natural y su contenido, más o menos confundido con el decálogo moral, se convirtió en un supuesto Derecho metafísico debajo del cual, supeditado, el Derecho positivo debía mostrarse leal si pretendía ser Derecho. La ley contraria a Dios no es ley, y a nadie obliga. Esto nos da, en esencia, la posición teórica del jusnaturalismo medioeval. "Tienen las leyes humanas naturaleza y carácter de leyes —nos dirá el Aquinatense— solamente en cuanto se ajusten al dictamen de la recta razón. Y, consideradas de este modo, es evidente que derivan de la ley eterna. Pero, si no tienen esa conformidad, son leyes inicuas, son, más bien que leyes, violencias o atropellos".³ Y concluirá, en otra parte, que el príncipe despótico debe ser derribado en nombre de Dios.

Coherentemente con esa concepción, el jefe de la Iglesia ejerce un "poder temporal" pretendidamente universal, y la aparición y organización de cualquier Estado ha de consultar la voluntad de la Iglesia en la persona del Papa católico.

En realidad, Tomás de Aquino ve el orden jurídico como jerarquizado en tres planos: "Para la perfecta regularización de la vida humana es preciso la institución de una ley divina, que se halle sobre las leyes natural y humana". Aquí Dios aparece como un ser vivo y personal, como un rey del Universo en la capacidad infinita de modificarlo y producir el "milagro". A la razón humana, fundamento del *Jus naturae* "no le es posible... participar por completo del dictamen de la razón divina, sino de un modo imperfecto y conforme a su capacidad y humana condición".

En suma, que la idea del Bien en cuanto virtud y perfección moral, a través de la versión cristiana de la misma, es convertida, por el jusnaturalismo medioeval, en la condición ontológica del Derecho. Sólo es Derecho el buen Derecho.

c) LA EDAD MODERNA

La Edad Moderna inicia el alejamiento de Dios a la vez que tiende, coherentemente, a laicizar el Derecho, purificándolo de ingredientes religiosos. El *Jus naturae* ya no será por lo menos con la rotundidad de la teoría aquinatense, la palabra divina, sino, sobre todo, un orden ideal que se intuye

³ Tomás de Aquino. *La ley*. Edit. Tor. Buenos Aires, p. 50.

en términos racionales, o al que se accede siguiendo los dictados de la razón. Derecho Natural, Derecho Ideal y Derecho Racional vienen, así, a convertirse en expresiones de significado casi idéntico. Para Hugo Grocio no será más la revelación el camino adecuado en el conocimiento del Derecho, sino la recta razón. Hacia el 1700 Cristián Tomasio se alzaría contra el despotismo monárquico en nombre de las libertades individuales fundamentales, esto es, de aquellas libertades cuyo respeto, frente al régimen absolutista, es exigido por la *razón natural*. La Justicia, principio jurídico supremo es un “No hacer a los demás aquello que no queremos que los demás nos hagan”.

La Edad Moderna, dominada por el problema de *El Hombre que piensa*, y las leyes de su pensar, acaba, en Descartes, por reducir toda última realidad al pensar puro, forzándola a acomodarse al esquema que se forma representativo de la estructura esencial del pensamiento, y desembocando, así, en el *intelectualismo* una veces racionalista y otras empirista.

Pero... ¿qué es lo *racional*?... He aquí una pregunta difícil de constatar. Aparentemente, para el jurista del Derecho Natural, y, por natural, racional —o, mejor dicho, al revés: por racional, natural—, lo racional es lo inteligible, lo coherente; lo que actúa, o se acomoda, o se gobierna de conformidad con su destino o su propósito, o su función. Lo racional debe ser en todo caso demostrable silogísticamente y edificable deductiva o inductivamente; debe poder reproducir, con inequívoca fidelidad, la experiencia conocida y aplicada a su gobierno de acuerdo con su positiva apariencia; debe decidirse por el todo frente a las partes, y por lo principal frente a lo accesorio... etc. Si se está en condiciones de apreciar todo esto, se puede obrar *racionalmente* y hacer las leyes conforme con la *razón*.

Sobre tal concepción edifica la Edad Moderna su Derecho Natural, el que pretende haber hallado el sentido profundo de la Justicia sin necesidad de acudir a Dios, pero sin tampoco romper lanzas con El, ya que la razón sería, en fin de cuentas, regalo de Dios a su amada criatura. Y, bajo los estandartes de este Derecho “racional”, que se inspira “en la naturaleza de las cosas”, es que se lucha contra el despotismo de la monarquía, contra la institución de la tortura, contra el esclavismo, etc. Y es, por fin, partiendo de “la naturaleza de las cosas” que la Revolución Francesa divulgará apasionadamente su conocida trinidad política *libertad, igualdad, fraternidad*.

Y... aquí es donde hay que preguntarse: ¿Por qué es racional la igualdad, y la libertad y la fraternidad, y la piedad, y la solidaridad?... ¿Por qué son racionales el Bien y la Virtud?... ¿Y por qué son o serían irracionales sus contrarios?... Si la racionalidad es coherencia y concatenación

verificable, y adecuación eficaz de la acción, la organización desigual y la esclavitud pueden formularse y establecerse con plena adhesión a tales requisitos; y el odio y la crueldad pueden actuar racionalmente con perfecta visión de sus propósitos. Discriminar lo principal de lo accesorio dependerá, con harta frecuencia, de aquello que la afectividad del momento repunte como lo uno, o como lo otro, en elección indemostrable. El hombre que-se-aísla no es a menudo solidario sin embargo de poseer, con frecuencia, una excepcional capacidad racional. El "malo" y el perverso pueden ser, y a menudo son, objetivos y fríos razonadores, y atenerse, para sus fines, a su razón natural...

Es que subyace, aquí, en el fondo, una fallida y precaria concepción del Hombre. La razón entera es edificada a través de una *ideología*: la ideología inspirada por los grandes patrones culturales vigentes. Allí donde la felicidad es anhelada como *dominio militar* será "racional" todo cuanto sirva a esa figura de la felicidad. Si Roma conserva las vidas de los vencidos y soporta ciertos márgenes mínimos de libertad, es porque sin esas vidas y esa indispensable libertad, el dominio militar deseado carecería de sentido. Para comandar hay que tener soldados que puedan al menos estar de pie y soportar el trabajo de las armas, y esclavos que puedan levantar el azadón y emplearlo útilmente. Allí donde la felicidad es anhelada como *éxito moral en Dios*, ha de haber alguien que *crea* y acate la ley moral, y a este alguien hay que, pues, conservarle asimismo la vida y aceptarle sus condiciones últimas. Eventualmente será eliminado para asegurar, por el terror, la adhesión de los más. Allí donde la felicidad es anhelada en forma de *éxito económico* se mira como "racional" lo que el proceso de la producción de riquezas exija, en cuanto minimum, en favor de las clases productoras: invariablemente, claro está, la vida, al menos, del asalariado; una salud no del todo quebrantada; el pan, el vestido y el techo indispensable... Lo que se conceda por las élites como "Derecho Racional" será, en todo caso, aquello que las vertientes y las bases de la pirámide social estén dispuestas a defender al precio de su exterminio total. Lo que se norma y organiza sin resistencia peligrosa no necesita acudir a la razón, pues la ley ordinaria se basta.

d) EL PENSAMIENTO CONTEMPORÁNEO

Aquel jusnaturalismo racionalista y un tanto resentido con Dios se mantiene vivo hasta la epidemia mental del Positivismo, que se adueñó rápidamente de los espíritus por razón del ingenuo fisicalismo sensorialista, tan al

alcance del común de las gentes, que predicaba como postura filosófica inicial. Frente a todo lo que se mostrase ambiguo, contradictoria o muy problemático, el Positivismo asumió la cómoda actitud de negarlo en redondo. Por consiguiente, el Derecho Natural también tuvo que desaparecer del escenario; y en quienes no lo hizo, tomó una forma, todavía más ambigua, de ideal histórico, pero no por histórico menos inasible.

De todos modos, como la idea de Justicia es una idea compartida universalmente y en todo tiempo y como el Derecho Natural no es, a la postre, sino el desarrollo en plano suprajurídico, de aquella idea, nunca, de hecho, pudo el Positivismo descartarlo del todo, hasta que, bajo los buenos auspicios del neokantismo alemán, reapareció renovado y valiente como desembozada Filosofía.

Por fin, los filósofos de la Cultura —Dilthey, Rickert, Wildelband, Scheller— vistieron el flamante “Derecho Natural” con el traje que usa actualmente, y fundaron sobre nuevas bases de conocimiento las exigencias de la *emoción*, legitimando la irracionalidad a través de la idea de *valor*. Con lo que al racionalismo, que se esforzaba por explicarse la idea de Justicia, y el Derecho Natural con ella, como imperativos de la razón “razonante” legítimos por su conformidad con ella, se opuso luego el *voluntarismo* y hoy el existencialismo.

El resultado final ha sido, como podía esperarse, una síntesis que, habiendo eliminado el Derecho Natural *de la Naturaleza* y el Derecho Natural *de Dios*, ha conservado, en cambio, la idea emocional de la Justicia como valor ínsito en el Derecho positivo, único Derecho inobjetablemente reconocible.

Es pues, forzoso admitir, en conclusión:

Primero, que la naturaleza que es física y biológica, no tiene derechos, y que, por consiguiente, la frase *Derecho Natural*, es una metáfora literaria que quiere significar *orden causal* en la estructura del animal Hombre forzando al Derecho positivo a un mínimo de concesiones frente al poderoso.

Segundo, que los llamados *Derechos Naturales* no existen ni nunca han existido, esto es, que son apenas una construcción arbitraria y engañosa imaginada para cohesionar soluciones sociales antijurídicas impuestas por las bases de la pirámide social en su lucha ascensional: o demandas ganadas por la inicial transacción revolucionaria en el momento de la aparición de un nuevo Estado.

Tercero, que, de esta suerte descartado el Derecho Natural, sólo ha quedado en pie su idea capital inspiradora, la Justicia, como igualdad y pro-

porcionalidad, como un *te doy lo que me das* en que tácitamente convienen Individuo y Sociedad.

Cuarto, que es mucho más propio hablar de *Derechos Fundamentales*, esto es, de facultades y protecciones exigidos y conquistados por cada ciclo cultural conforme a su pensamiento inspirador supremo, siempre y cuando aquéllos alcancen explícita vigencia. En el caso contrario se trata sólo de postulados parajurídicos.

Quinto, que la felicidad, contemplada como éxito económico en escala mundial exige la cooperación de todos los pueblos de la tierra por sobre sus diferencias raciales y culturales, lo que racionalmente, esto es, *técnicamente*, tiene que traducirse en un margen muy amplio de libertad y tolerancia, según la Declaración Universal de los Derechos del Hombre, versión ésta, final y actual del *Jus naturae* y el *Jus gentium* romanos.

Sexto, que el Hombre-Ansiedad de la hora presente se identifica así con la Humanidad entera, y quiere un mundo en paz, millonario de bienestar material y salud física y moral hacia la conquista, ya no poética, sino física de las estrellas.